

las leyes y adornada con las armas. Según esto, tanto son semejantes como necesarias; pero del abuso de ellas se originan todas las calamidades de la república: mas guerras han vencido los arduos y estratagemas que la fuerza y el valor; y á este ejemplo la cautela y la solicitud han triunfado de mas pleitos que la razon y la justicia; mas ¿qué digo? En grande cumbre hemos puesto á los pleiteantes, haciéndolos compañeros de la gente mas ilustre del mundo, que es la militar; acomodémoslos entre la canalla mas perdida y desalmada del siglo, con esto habrémos hecho justicia; pues siempre importunan por ella, aunque no todas veces la desean. Digo pues que son los pleiteantes como tahures, porque de la suerte que la hacienda de aquellos se queda entre los gariteros y los mirones, así la de estos en las manos de los abogados y solicitadores. Abogados dije, así se llaman estos caudillos, que desvanecen con decir que tienen el mismo oficio en la tierra que los santos en el cielo, y pudieran considerar la diferencia, porque los santos no venden su patrocinio, y ellos el suyo sí, y tan costoso que hacen mayorazgos deshaciendo mayorazgos, pues con aquello que consumen en sus pleitos los mayorazgos antiguos, fundan ellos otros mayorazgos modernos; con la variedad de autores y de opiniones han hecho la justicia equívoca y dudosa. Y es muy de notar que con tener el derecho ficciones están mal con los ingenios poéticos, siendo en esta parte hermanos en armas. Las buenas ficciones poéticas que han de ser verisímiles y benemoras enseñan con sumo deleite á las repúblicas mucha doctrina moral y política, con que se conservan. De las tuyas no hago juicio, hable el pueblo y clamen las experiencias. Parecer es de muchos ingenios prudentes que entre los que somos cristianos y fieles católicos habia de haber unos jueces árbitros que compusiesen todos nuestros litigios y diferencias, porque es cosa de mucho dolor el ver que la mayor parte de las personas que asisten en las cortes de los grandes príncipes se ocupan ó en pleitear por sí ó en nombre de otros. En la de nuestro

poderosísimo y no menos católico monarca sirve de gran consuelo el ver que todos sus tribunales están ocupados de varones clarísimos por la sangre y por el ingenio, y que de la virtud y letras han tocado á lo mas alto, á lo mas sublime. Son tales personas muchas veces concedidas liberalmente del cielo, no buscadas ni halladas por la solicitud de los príncipes, que en ellas han dado á las repúblicas mucho mas de lo que pensaron ni conocieron; al fin, son los tales unos tutelares y patronos del bien público, que ni consienten viciarle ni oscurecerle; muévase el cielo de su gobierno sobre estos dos polos, justicia y piedad.

Con esta última reconocen que la potestad que se les ha dado sobre todos se ha de eslabonar con el tener amor á todos. Deben pues dar continuas gracias al cielo los que nacieron y viven debajo de tal dominio, que en los casos de justicia se les administra tan fielmente igual, que aun se reparte muy igual entre aquellos que por su calidad son desiguales; mas dejando todas estas consideraciones, una vida pacífica y quieta es lo sumo de la bienaventuranza humana y mortal; al fin es retrato de aquella eterna y divina que nada la sobresalta ni turba. Hagamos pues obras por donde la merezcamos, ejercitándonos en virtudes tan eminentes, que para nosotros sean mérito, y para nuestros prójimos ejemplo.

Con grande silencio pagué á la narracion de la vida de este moleador pleiteante, y quedara con algunas dudas y escrúpulos de su verdad si la experiencia no me hubiera facilitado el paso con el trato de otros monstruos no menos peregrinos. Bien quisiera yo dilatarme por el campo del discurso; mas halláronme los ojos nuevo entretenimiento en el retrato sucesivo, cuya inscripcion decia: *Mala lengua, malos piés y malas manos*. Hice tan extraño concepto de tan peregrinos atributos, que deteniéndome poco en los rasgos del valiente pincel, caminé á las letras que formó la pluma y hallé que se delataban con estas razones:

## VIDA DE UN HOMBRE

QUE FUÉ SOBRA Y TRASTO DE LA REPÚBLICA, Á QUIEN ELLA DIÓ EL ESCANDALOSO NOMBRE DE MALA LENGUA, MALOS PIÉS Y MALAS MANOS.

Su patria fué Valencia, madre de santos, ya mártires, ya confesores, madre de valentísimos capitanes, madre de varones insignes por la erudicion y por el ingenio, y porque las damas no acusen por descortés á mi pluma, tambien madre de singulares hermosuras, siempre honestas, siempre sabias, porque entre mujeres aquellas solamente se pueden llamar sabias que son honestas. Pasemos de esta hermosura racional y discursiva á la no menos elegante, si no tan animada, de sus campos flori-

disimos; tales son, que por ellos no se pasea la primavera con limitadas horas ni está reducida á particulares meses; antes su perseverante belleza nos obliga á pensar, ó que todo el año es un dilatado abril, ó que si se divide en meses, tantos como meses tiene abril; al fin, el año valenciano es un abril doce veces repetido, y aun dije poco, porque si allí los años se suceden los unos á los otros con igual belleza, la vida de este felicísimo abril no se ha de contar por años, sino por siglos, y aun se

podrá sospechar y creer de igual duracion con el tiempo. No he conseguido el averiguar quién fueron los padres del asunto de nuestra narracion, y si hemos de acudir á buscarlos en sus obras, porque cada uno es hijo de las tuyas, hallo que ninguno de los mortales los ha tenido mas viles ni mas infames; tal fué este tal, que quiso adquirir con arte un don, que es liberalidad magnífica de la naturaleza sabia; este vendió la mercadería que jamás tuvo; este hizo oficio la conversacion; este, las sales, que siempre son tan ingenuas como ingeniosas, pretendió que siempre fuesen mecánicas y vendibles; finalmente, este fué de aquellos que se llaman locos por honestar al infame título bufonesco, y no son sino unos filósofos tacaños, tan poltrones como viles, y tan viles como bien afortunados; pues comen de decir pesadumbres y libertades á los mismos que los sustentan, siendo suma, bien que civil, felicidad poder cumplir un hombre en cada casa todos los antojos del vientre y de la lengua sin riesgo, porque le sirve de proteccion su infamia. Nuestro Luquillas, siendo un mes de diciembre humano y una sierra nevada con facciones, acometió en hábito de estudiante capigorrón á la ilustrísima escuela que baña el Tórmes; acometiola con ignorante osadía, pues fué á llevar frialdades, y en tiempo del invierno, porque este es en el que se cursa, á una de las tierras mas frías de la Europa; tan frio era el picaro, que con ser por julio cuando esto escribo, me obliga su memoria á tiritar de frio y á dar algunas tenazadas con los dientes. Sirvame de alguna disculpa, si acaso discurreiere con alguna frialdad, ser el sugeto granizo, ser el asunto carámbano. Aquellos pues sutilísimos ingenios le conocieron luego, y como son tan pesados de manos como de ingenio sutiles, con ellos le dijeron las gracias y donaires que él intentaba decirles y no sabia, y con ellas le cargaron de muchas desgracias; admiróse de ver que hubiese tantos buenos jugadores de manos en una ciudad, aunque muy principal no muy populosa, barberos tan singulares como liberales, porque con grande velocidad sangraban de las narices y de las muelas. Reconoció el peligro que corria su dentadura en aquella tierra, porque demás de la frialdad de su temple, se hallaba á cada vuelta de esquina confirmado conde de Puño en rostro, y algunas veces era esta confirmacion muy dura, porque no todas venia aquella borrasca sin alguna piedra. Advertid que nos da este picaro mucho que considerar; si él era el mismo granizo, ¿por qué huye de la piedra, supuesto que la piedra y granizo en todas las tempestades son compañeros? Confieso que no lo entiendo; solo sé que él se dió mucha prisa á volver las espaldas, que siendo esta accion tan propia de los ruines, no tuvo necesidad de hacerse alguna violencia; volver el dinero ó las prendas que le prestaron jamás supo; mas volver las espaldas y tambien malas respuestas, ninguno supo mejor que él; la primera accion de estas es de cobardes, y la segunda de insolentes; la insolencia y la cobardía son hermanas de padre y madre, y todas cabian en su pecho infame y aun les sobra aposento; al fin, él se trasladó á la imperial villa de Madrid, patria comun y madre universal

de los extranjeros, madrastra de sus propios hijos, de aquellos únicos ingenios hablo que mientras mas clara y resplandeciente la hacen en el orbe con sus estudios, tanto mas parece que procura oscurecerlos y oscurecerse; mas dejemos estas quejas á otra pluma mas fecunda, mas erudita y mas anciana, para que así todo cuanto en ella tuvieren mas de autoridad, tanto mas se justifiquen. Trasládese pues el tal Luquillas á ella, sin mudar ninguno de sus malos hábitos, ni el de capigorrón ni el de malas costumbres; el primero porque al principio no pudo, el segundo porque jamás quiso. Vuelvo á decir que no quiso, porque antes estuvo tan léjos de querer desnudarlo, que cada día se lo fué vistiendo mas sucio y mas manchado, porque considerando que era imposible que le correspondiese en Madrid graciosa la fortuna en el oficio de gracioso, no teniendo gracias naturales, quiso hacer gracia de la mayor de las desgracias, que es la vilísima murmuracion, entreteniendo con ella á unos potentísimos necios, que le acariciaban con aplauso vulgar y bárbaro aquel venenoso estilo, aquel torpísimo lenguaje. Parece imposible caso que á oídos nobles no les suene con estruendo horrible la murmuracion de la virtud ajena; y es tan al contrario, que suele ser este un entretenimiento portátil de los magnates, á todas horas continuado, y en ninguna aborrecido. Compraban pues algunos de estos de nuestro Luquillas con aplauso y con dinero la injuria de sus amigos y deudos; y estos deudos y amigos bien poco despues tambien compraban del propio mercader la injuria de ellos con dinero y con aplauso, porque era tal la astucia de este alevoso picaro, que mientras hoy entretenia á Juan con la murmuracion de Pedro, oía y miraba atentamente al mismo Juan para llevar con sus palabras y acciones que murmurar mañana con el propio Pedro: por este camino era este el mas feliz mercader de la tierra, pues en todas partes le daban dinero y mercadería, sin poner él mas caudal que los pasos y diligencia, negociando con daño universal de todo el linaje humano y solo con único beneficio suyo; al fin, este hizo de su lengua navaja cortadora, y tanto, que las lenguas de los demás cortesanos no le llamaban otro nombre sino el de Mala lengua. De aquí se siguió que, enfadados algunos cuerdos, le hicieron beneficiado de mejillas con otras navajas, abriéndole con esto mas bocas que le ayudasen á dar mas apriesa chirlos en las honras y famas ajenas; pero él eligió otro consejo, porque por el mismo caso que le abrieron tantas, fué como si se las tapiaran todas. Reconoció que esto de traer costurones en el rostro es una gala muy costosa y que dura mas tiempo de lo que quiere la voluntad de su dueño. Con esto se enmendó de este vicio, pero no de ser vicioso; y como quien muda casa y barrio, se pasó de una culpa á otra culpa, y de un crimen á otro crimen, quedándose siempre él miserable ciudadano infeliz de la infernal Babilonia. Tenia mucho conocimiento y trato con toda mujercilla apestada de la sensualidad, de aquellas que hacen su belleza y su fama infame, torpe y vendible, de aquellas que son escandaloso naufragio de la juventud florida y noble que habita



en las grandes cortes. Parecióle que era bueno ser estafeta amorosa, andando en continuo movimiento de las casas de las rameras libres á las de los mozuelos ignorantes y ricos. ¿No advertís cómo este cada día se va haciendo mayor ministro del demonio, porque antes pecaba con la lengua sola, ahora con la lengua y con los piés? Con ella ahora persuade culpas, y con ellos busca muchas veces al día á los que quiere persuadirselas. Pocos tiempos habrá que vimos ser su lengua venenosa fiscal de los ánimos mas inocentes y cándidos, y ahora la misma traidora lengua es orador infame en alabanza de la lujuria inmundá y torpe. Entonces maliciosa acusaba culpas que no había, y ahora, maliciosa mas, persuade culpas que pretende que haya; y es de considerar que con ser las mas de las culpas que él entonces acusaba fabulosas y fantásticas, no eran tan grandes como las que ahora efectivamente pretende que se cometan. Entonces su lengua era artífice de maldades inventadas y fingidas, y ahora con ella propia persuade maldades que exceden la mas ingeniosa y mas perversa inventiva; mas ciérrase aquí esta digresión, aunque justa, y volvamos á la narración, aunque tan pesada y molesta. Cobró alas esta maldad, porque á los principios no halló resistencia: así sucede en todos los vicios; hizo su exordio por las mujeres mas comunes, y atrevióse luego á las de mas honesto y recatado decoro. Afectaba tanto las diligencias, acechando esquinas, atalayando ventanas, asustando á las criadas y congojando á las señoras, siendo su sombra en todos los lugares, sin perdonar á los mas sagrados ni á los mas ocultos, dando á entender que conocia á quien jamás conoció, que ya vino á ser mas perjudicial por esta solicitud importuna que antes por su locuacidad injuriosa, pasándose el aborrecimiento que antes tuvieron á su lengua á sus piés, ella muy mala, y ellos mucho peores. Con esto le agregaron al título de Mala lengua el de Malos piés, que se daba mucha priesa á crecer en estas infames hazañas; decian que hablaba mas con ellos que con ella: tanta era la nota que causaba su continua asistencia en algunas partes; y mi opinion es que siempre habló mas que con ella con ellos, porque su lengua fué siempre tan sucia, que mas parecia procedido de los piés, y de piés muy sucios, que no de la lengua, aunque la tal lengua no fuese muy limpia. Algunos afirman que fué tan fecundo hablador, que hizo de todos sus miembros lenguas por donde pudiese derramarse su venenosa y apesada verbosidad. Tan verdad es esto, que con cualquier visaje ó acción pretendia explicarse casi tan bien como con la lengua, y lo conseguia. Sus manos eran tordos, sus piés picazas, sus ojos papagayos, y su lengua un epilogo de toda esta atroz y malvada elocuencia. El hablar con las manos no trae nada de novedad para ningun estado de hombres; mas el hablar con los piés, yo pensé que solo les estaba permitido á las bestias; y no lo contradice la malicia de nuestro Luquillas, porque si toda bestia es maliciosa, él era lo sumo de la bestialidad y de la malicia; segun esto, jamás hablaba con instrumentos mas propios suyos que cuando hablaba con los piés. Algo

podiamos traer en favor de esta pedestre elegancia, porque si los de los versos se llaman piés, ¿cuál estilo mas canoro, cuál mas crespó y florido que el poético? Aquellas doctas vírgenes del Parnaso, aquellas dulces deidades, sagrada generacion de Apolo, haciendo lenguas de estos piés eruditos, se explican con ellos por la lengua y por la pluma; mas semejantes piés se reducen á número y medida; al contrario les sucedia á los de nuestro Luquillas, porque aunque reconocian número, medida no, porque siempre son disformes piés los de las grandes bestias. De la muerte, dice Horacio, que con esta lengua igualmente llama á los mas ricos y á los mas pobres; y si es estilo de la muerte imperiosa hacer lengua de los piés, tambien por esta razon le perteneció á nuestro Luquillas con justísimo derecho y en mas eminente grado, porque él fué muerte universal de las honras y famas de muchas matronas castas, de muchas vírgenes inocentes, vida tanto mas noble entre los buenos cuanto es mas estimada entre ellos la honra que la vida. Valióle esta infame contratacion el vestir ricos vestidos, el comer preciosos bocados; mas no le salió todo igualmente dulce, porque si la vara de los mercaderes media los terciopelos y gorgoranes con provecho y gusto suyo, el garrote de algunos que se daban por ofendidos le media las costillas con tanto daño suyo como dolor, y algunas veces era mas el dolor que el daño. Si comia las tortadas dulces en las casas de algunos señores, en otras que eran menos bien acondicionadas le daban mucho calabazate de pared, y le abrian otra boca en el colodrillo para que lo comiese por ella. Cuando estuvo en su patria, Valencia, se quejaba del turrón de Alicante, diciendo que era muy duro; pero como le llevase una vez su inquietud á Alcalá á ver los toros que se corrén por la fiesta de San Diego, y los estudiantes siempre ingeniosos de aquella nobilísima escuela, en remuneracion de que quiso allí ejercer su mal oficio, le diesen á comer un gentil mendrugo de turrón de Torote, confesó luego en altísimos gritos que era mucho mas duro que el de Alicante. Escupió allí de contado un par de dientes, y no me admiro, que el comer de ordinario mucho dulce suele causar á la dentadura gravísimos daños. De esta suerte le repartia la fortuna los gustos y los pesares, vistiéndole el gusto de mezcla; mas así lo hace con todos: su condicion es de ramera, con nadie fué leal, con nadie constante, con nadie firme.

Deleitábase mucho nuestro Luquillas de ocupar el estribo del coche de algun magnate, y desde allí iba voceando con osadísima insolencia á todo lo mas generoso, á todo lo mas ilustre de la nobleza de estos reinos. Llegó la noticia á los señores magistrados del crimen de esta corte el escandaloso y perjudicial estilo de este pícaro ¡tan sumamente pícaro, y parecióles que corria por cuenta de sus conciencias el enmendar la suya; pero pedia este negocio mas ardid que ruido, mas maña que estruendo, porque si llegaba á noticia de los poderosos que le hacian espaldas, no hallarian sus mercedes las del pícaro tan á la mano como era menester para sacudirle en ellas.

Por esto encomendaron el escribir su causa á una pluma muy callada, tanto, que apenas la sintió el mismo papel donde formaba los caracteres. Como ella no chistó, no pudo dar en el chiste el procesado; y fué mucho proceder con tanto silencio, porque las innumerables y extraordinarias culpas que se le averiguaron obligaban á romper el aire con altísimas aclamaciones. ¡Oh cuántas veces el escribano limpió la pluma! Oh cuántas, no de la espesura de la tinta, sino de la suciedad de los vicios que con ella iba probando! ¿Probando dije? Parece pulla. Tan asquerosas eran las costumbres de aquel desalmado pícaro: apenas estuvo bien averiguado tanto número de escandalosos y singulares delitos, cuando una noche, despues de las doce, le sacó de la cama uno de los señores alcaldes y le dió posada en la cárcel, en una pieza fresca por ser bóveda, pero con una compañía de hombres tan traviosos, que le espantaron el sueño. Eran muchos, y todos le hacian cocos, ya por causarle miedo, ya por ser tan propio el cocar de las monas. Sacóle el aurora de esta molestia para ser sacado á otra mayor: fué el caso que los señores jueces, previniendo las intercesiones, madrugaron una hora antes de lo ordinario y le libraron, Dios nos libre, dos centurias de doblones. De doblones dije, porque la suela con que se los dieron estaba doblada, no porque se doblaba. Causó admiracion esta libranza por ser una misma persona quien la recibia y quien la pagaba, porque en otras ni el que la paga la recibe, ni el que la recibe la paga. Eran los doblones muy encendidos, como algunos que suele haber de color azafranado; y porque no pudiese negar haberlos recibido, no se contentaron con menos testigos que todo el pueblo. Restituyéronle á la cárcel, asegurándole que desde ella habia de ir, por lo menos, ya que no al mar de Galilea, á ver á Galilea en cualquier mar; decianle que de aquellos dos hermanos fundadores de Roma, Rómulo y Remo, era forzoso conversase cuatro años continuos con el Remo, no con el Rómulo, y que le aseguraban que alguno habia comunicado con el Rómulo, que fuera mucho mas justo que el tiempo que gastara con él lo gastara con el Remo. Todo esto era animarle al paseo de los campos azules y vidriosos; mas él, que no era inclinado á ir á dar de garrotazos al dios Neptuno, y mucho menos con aquella capitulacion tan fuerte con que van otros, que es recibir en azotes ellos todo aquello que se descuidaren de darle á él en garrotazos, se determinó á buscar padrinos, y padrinos tales, que por lo menos se le conmutase esta penitencia en otra mas tolerable. Hallólos tan buenos, que los cuatro años galileos se los hicieron convertir en una exclusion del reino castellano y leonés. Salió de él y no rico, aunque pudiera, porque las rameras cortesanas, entre quien habia enriquecido, le consumieron. Tales son estas arpias, bien semejantes en sus fueros á la muerte: á ninguno perdonan, á todos los desnudan. Salió al fin del reino, donde se dejó el dinero que en él habia granjeado por tan malos medios, pero no á sus vicios; antes, ¡oh gran dolor! se fué precipitando mas cada día de una en otra mayor maldad, porque los vicios andan en cua-

drilla y se llaman los unos á los otros como los salteadores para destruir á los que somos en este mundo pasajeros. A poco tiempo sacudió el yugo de la obediencia y se volvió á entrar en Andalucía; fuése á Córdoba: mala eleccion, por ser en aquella ciudad todos ingeniosos y entendidos; lo gracioso pareció frío, con ser el temple de aquella tierra calurosísimo; por lo maldiciente tampoco fué admitido, por haber allá excelentísimos artífices; y así le miraron con desprecio; pues atreverse á las tercerías de amor, ni aun le pasó por el pensamiento, porque en aquella nobilísima república los hombres viven muy atentos y advertidos en órden al decoro y honestidad de las mujeres. Con esto se vió suspenso de todos sus oficios, y así buscó otro no menos infame y mas peligroso. Quiso seguir la disciplina de Caco, de que halló en aquella ciudad insignes maestros. ¿Disciplina dije? Y qué bien, pues no hay gente mas disciplinada que los discípulos de esta disciplina, y mas él, que ya entraba en ella bien disciplinado. Hizose presto varon tan erudito, tanto, que no entraba en casa alguna donde con grande sutileza y simulacion no clavase bien las uñas, sacando en ellas alguna preseá importante; conociéronle presto y volvió las espaldas á la ciudad por no volverlas segunda vez al verdugo, que ya que habia sido jinete de albarda en Madrid, no lo quiso ser en Córdoba, por estar allí lo sumo del primor de la bridona francesa y de la jineta morisca. Con estas nuevas proezas se aumentó el renombre de Malas manos, y en este vive aun hoy su memoria infame en aquella fertilísima tierra.

Retiróse á una venta, que estos son los oratorios que tienen en el campo semejantes ermitaños; allí pues, habiendo hecho su confidente al ventero y reveládole por su mal que llevaba algunos compañeros brillantes en el pecho, parte en dinero, y parte en joyas, le puso espías en el camino, que por robarle lo que habia robado le mataron. ¡Oh gran Dios, cuántos son los ministros de tu soberana justicia! Los mismos ladrones de quien se ampara este ladrón son los que castigan su pecado; y donde él buscaba patrocinio, halló su mayor perdicion y la última. ¡Oh miserable hombrezuelo, afectaste vivir toda tu vida con título de gracioso y sin haberlo conseguido hallaste el fin de ella en tan horrible desgracia! Si consideramos los infelices pasos de este perdido, hallarémos que de todas cuantas cosas pretendió hacer oficio usual y corriente fueron crímenes y delitos. La primera tienda que puso fué la de la vil murmuracion, que le adquirió el título de Mala lengua. En la segunda vendió á los sensuales y torpes los penosos deleites de la lujuria, y por haber sido á costa de sus pasos, le llamaron Malos piés. En la tercera vendia las cosas ajenas que robaba como si fueran propias, y por esto le acomodaron el renombre de Malas manos. Mas ¿cuándo dejó él de vender las cosas ajenas? Pregunto: ¿en la murmuracion no vendia la honra ajena? Pregunto mas: ¿lo que vendia cuando era alcahuete era ajeno, ó propio? Prosigo en preguntar: en lo que vendia á los unos robado de los otros ¿qué propiedad tenia? Mas tan inclinado fué á vender, que no se perdonó á sí mismo, pues puso en